

9/8642

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. RAFAEL ALTAMIRA

Pronunciada en la sesión pública de 24 de Enero de 1916.

TEMA:

Cuestiones internacionales: España,
América y los Estados Unidos.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS
Costanilla de San Pedro, número 6.

1916



REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

15 ~~II~~
D-15
9/8642

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. RAFAEL ALTAMIRA

Pronunciada en la sesión pública de 24 de Enero de 1916.

TEMA:

Cuestiones internacionales: España,
América y los Estados Unidos.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1916



SEÑORES:

Solicito vuestro permiso para sentarme. Es una vieja práctica profesional que se compadece con lo que yo creo que son las conferencias: mitad lección, mitad práctica familiar, dentro de la cual cabe todo el calor que el asunto requiere, pero que parece contradecirse con esta posición erguida, que llama al discurso; y de esta manera, si vosotros tenéis la condescendencia de otorgarme esto que os pido, yo me colocaré en mejores condiciones para ayudar á vuestra benevolencia, que necesito mucho más que los otros conferenciantes.

* * *

Hace pocas noches, señores, la palabra sincera y patriótica del Sr. Maluquer, aludía al grave problema que significa para nosotros la cooperación intercontinental-americana, y temiendo él, optimista impenitente—decía—, haberse excedido un poco en la nota pesimista, aludía benévola-mente á la conferencia de esta noche y

ponía la esperanza en que los hechos y los argumentos que yo expusiera aquí ayudasen á rectificar un poco esa nota, excesivamente pesimista á juicio del Sr. Maluquer.

Si por pesimismo se entiende creer que la situación actual es la peor de las situaciones posibles y que no tiene remedio de ningún género, entonces yo os adelanto que mis conclusiones no son pesimistas; pero la situación es grave, sumamente grave en sí misma y por las circunstancias presentes, que hacen de ella una ocasión única, pasada la cual y en un breve plazo, probablemente no habrá lugar á ninguna actuación española en América, ó tan sólo á una pequeñísima actuación española, y quizás tampoco á ninguna europea.

Naturalmente, no voy á tratar de todo el problema americano en lo que á nosotros nos importa, sino de un aspecto de él, precisamente el aspecto á que aludía el Sr. Maluquer y que define la conjunción, en el título de la conferencia, de tres nombres: España, América y los Estados Unidos. Porque principalmente mis observaciones, los hechos que yo he de aducir ante vosotros y las reflexiones que acerca de ellos se me ocurran, se refieren á la interposición de los Estados Unidos en el problema hispano-americano, es decir, en el problema de España en América, y á las consecuencias que esto puede tener y tiene indudablemente.

Mucho de lo que he de decir esta noche no es nuevo; varias personas lo han repetido, y es porque pertenece á ese género de resultados de la observación más elemental de los hechos, que es patrimonio de todo el mundo y que se impone á todo espíritu inmediatamente que mira directamente á la realidad. Otras cosas quizás serán nuevas; pero unas y otras, las que yo repita y las que

diré nuevamente, no las he aprendido en libros: responden á impresiones personales mías; las he adquirido en el conocimiento vivo de la realidad y en el trato y en la conversación con los hombres de aquellos países; y en esto precisamente, en las impresiones directas, en el testimonio de una persona que ha visto y ha oído por sí misma, consiste la única aportación que yo puedo hacer á esta serie de conferencias.

Todo el mundo sabe que la guerra actual ha precipitado las cosas en América por lo que toca á las relaciones entre los Estados Unidos y el resto de las Repúblicas; y todo el mundo sabe también por qué se ha producido esa aceleración.

Tres causas fundamentales pueden señalarse: una, el alejamiento de los capitales europeos que fecundaban la mayor parte de las empresas en las Repúblicas hispano-americanas; otra, la desaparición casi absoluta de la importación de productos europeos que satisfacían necesidades de esas mismas Repúblicas; y en tercer lugar, el planteamiento inmediato de cuestiones jurídicas de gran importancia: el derecho de los neutrales, los temores de un reflejo de la guerra en América, las precauciones para impedirlo y la aplicación de la doctrina Monroe á ese problema. Esto último tiene una importancia considerable, que ha jugado como factor importantísimo en la acentuación del acercamiento de los Estados Unidos á las Repúblicas americanas, y de éstas á aquéllos. Lo revelan una porción de testimonios. Me bastará citar el artículo de un escritor hispano-americano que tiene gran actuación en este género de problemas, Director de una notable revista, *Hispania*, que se publica en

Londres, el Sr. Pérez Triana, muy conocido de muchos de vosotros, el cual se ha creído en la necesidad de tranquilizar á sus compatriotas acerca del supuesto abandono de la doctrina Monroe á que podría obligar la guerra según algunos, cosa que el Sr. Pérez Triana cree imposible en cuanto esa doctrina supone defensa de América contra concupiscencias europeas.

Pero este hecho de la aceleración en el acercamiento, en virtud de los tres motivos fundamentales que la guerra ha producido, no significa una novedad en la historia actual de América. Lo único nuevo es la intensificación de la corriente de los Estados Unidos hacia las Repúblicas hispano-americanas y de éstas con relación á los Estados Unidos, y una posibilidad de entrar la gran República del Norte en algunas esferas económicas é intelectuales que la posición ganada de muchos años antes por algunas naciones europeas, no permitió hasta ahora.

Pero el hecho, repito, es antiguo y constituye precisamente una de las características fundamentales del movimiento de expansión de los Estados Unidos. Para esto, los Estados Unidos tienen condiciones verdaderamente admirables: su enorme potencialidad económica, su gran desarrollo en el orden de la cultura, el empuje que pone en todos sus actos; el mismo hecho (y ésta es quizá una de las cosas más influyentes) de que los Estados Unidos sea la única potencia americana que puede hacer pesar su voto en Europa y, por tanto, defender á las otras y salvarlas de los «peligros europeos». Acentúo la frase, porque no la invento; se ha pronunciado en América y es muy significativa. Quien quisiera ver cuál es el programa de los Estados Unidos á este respecto, es

decir, el que la opinión política, ó una gran parte de la opinión política de aquel país, estima que constituye su deber en las actuales circunstancias con relación á la América (y, por lo tanto, en relación con todas las naciones americanas), no necesita sino leer las dos últimas conferencias de las cuatro que ha pronunciado recientemente, en 1915, el Profesor de la Universidad de Filadelfia, Mr. Rowe, en la Universidad de la Plata (1).

Ahora bien, estas condiciones extraordinarias de atracción que los Estados Unidos tienen y á las cuales han contribuído en medida grandísima su propia psicología, su arranque, la facilidad de su emigración y circunstancias históricas independientes de la voluntad, las aprovecha aquella República sistemática y continuamente; y esa labor sistemática y continua, meditada y reflexiva, se apoya (y para mí en eso está su mayor fuerza) en un movimiento espontáneo de expansión, natural en todo sujeto que siente plétora de vida, impulso que es irresistible y que se dirige á hacer sentir su acción é influencia sobre los demás sujetos accesibles.

Pero todo esto que los Estados Unidos significan, y que los Estados Unidos hacen, no tendría por lo menos todo el valor que tiene, y no produciría todas las consecuencias que está produciendo y que ha de producir, si no encontrase un campo simpático en las Repúblicas hispano-americanas; y éste es el segundo hecho que yo quiero señalar como premisa para el desarrollo de mi tema.

(1) *Problemas americanos*. Conferencias por L. S. Rowe. La Plata, 1915.

La buena disposición de las Repúblicas hispano-americanas se advierte en una porción de hechos. Recordemos, por ejemplo, la Conferencia financiera panamericana tenida este verano en Washington y á la cual concurrieron algunos de los Ministros de Hacienda de las Repúblicas sudamericanas. Con ser por sí misma tan importante esta Conferencia ideada en los Estados Unidos, no lo es tanto como las iniciativas que, apenas se indicó el propósito de aquélla, tomaron algunas Repúblicas hispano-americanas con respecto á varios de los puntos fundamentales que se habían de tratar en Washington; lo cual indica de parte de ellas una penetración completa con el espíritu y la significación de la Conferencia y un deseo de adelantarse al planteamiento de los problemas que allí se iban á ventilar, viendo en ellos cosas que les importaban tanto como á los Estados Unidos. Basta citar á este propósito las iniciativas procedentes del Uruguay, que además han tenido buena acogida en mucha parte. Añadamos á esto el nuevo Congreso científico panamericano de Diciembre último, á que de un modo tan intenso han concurrido los hispano-americanos; el reciente viaje de Mr. Rowe, calificado con razón de triunfal por un compatriota nuestro; la iniciativa, que el mismo Rowe ha señalado como importantísima, del Museo Social Argentino, en cuanto al comercio «puramente americano», y otros hechos más que podrían citarse como expresivos de la misma atracción que sienten los hispano-americanos y en los cuales se ve cómo, aun sin necesidad de que los Estados Unidos puntualicen el programa de las cosas en que han de concurrir voluntades é inteligencias de todos los países de aquel continente, todos ó casi todos parti-

cipan del mismo impulso, se adelantan á él y son cooperadores voluntarios, de buena voluntad, á la obra de la República del Norte.

Todo esto lo saben de tal manera en los Estados Unidos, que recientemente, un Profesor de la Colombia University (Nueva York), Mr. Shepherd, uno de los hombres más enterados de los problemas americanos por propio y especial conocimiento, puesto que ha viajado mucho por aquellas Repúblicas y ha estado también varias veces en España, ha podido escribir, en un artículo impreso por la Revista de aquella Universidad en Diciembre último, estas palabras: «De las Naciones del Sur vienen constantemente á los Estados Unidos mensajeros en busca de ideas, modelos y guía en general, que ofrezcan ayuda en el cumplimiento de los deberes que los Gobiernos tienen para con los ciudadanos y éstos entre sí. De los *americanos* (norteamericanos) que residen en la América latina, se pide de continuo igual servicio. Es el grito del hombre en la visión de San Pablo: «Ven á Macedonia y ayúdanos.»

Esa corriente de aproximación, y también de imitación, que existe en todas las Repúblicas hispano-americanas con relación á los Estados Unidos, y que tiene fundamentos tan sólidos, tan naturales y tan imposibles de vencer, es tan fuerte que llega á veces, en algunas personas, á la idolatría que supone el reputar todo lo norteamericano, en todos los órdenes de la vida, como lo mejor, lo original y lo definitivo; pero además se sobrepone, aun cuando no llega á ese extremo, á los mismos celos y quejas que contra los Estados Unidos tienen algunas Repúblicas hispano-americanas, unas

por hechos ya cumplidos (Colombia, Méjico...), otras por temores de repetición de esos hechos (Don Marcial Martínez, en Chile, y la pregunta que me formularon algunos periodistas, apenas, hace muy pocos meses, puse los pies en la Habana, á saber: ¿Qué hay del imperialismo norteamericano con relación á nosotros?) Esa corriente de quejas y recelos es, pues, efectiva. Claro que procuran apaciguarla y desvirtuarla, de una parte, los Estados Unidos, y de otra parte, aquellas personas de las Repúblicas hispano-americanas en cuya opinión todo esto es pura fantasía que no responde á la realidad de la intención y á la efectividad de la conducta (por lo menos de la línea fundamental de conducta) de los Estados Unidos; pero ni unos ni otros pueden negar que ciertos hechos se han producido y que existe en los Estados Unidos una opinión más ó menos fuerte que hace posible estos hechos, y sobre todo que permite darles la interpretación de actos significativos dentro de una intención general. Y tanto es así, que un escritor norteamericano y político tan significado como míster Root, en un discurso reciente en que ha querido defender á la doctrina Monroe de todas las acusaciones que sobre ella arrojan políticos y escritores de las Repúblicas hispano-americanas, ha tenido que escribir al final este párrafo que voy á leeros:

«Durante estos últimos años ha invadido la prensa y afectado la opinión pública, un falso concepto de la doctrina Monroe, de lo que demanda y de lo que justifica, de su alcance y de sus límites. Planes grandiosos de expansión nacional, invocan la doctrina Monroe. Motivos interesados para obligar á los países de América Central ó del Sur á hacer ó dejar de hacer algo que re-

dunde en provecho de americanos particulares, invocan la doctrina Monroe. Clamores por la gloria nacional, que emanan de cerebros demasiado estrechos para comprender al mismo tiempo un sentimiento de deber nacional, invocan la doctrina Monroe. La intolerancia que ese dominio pide sobre la conducta y las opiniones de los demás pueblos, y que es la esencia de la tiranía, invoca la doctrina Monroe. El pueblo irreflexivo que no ve diferencia entre el derecho legal y la fuerza pacífica, cree que la doctrina Monroe constituye una especie de autorización legal para ingerirnos en asuntos interiores de todas las naciones más débiles del Nuevo Mundo. Contra esta supuesta doctrina se han hecho muchas justas protestas, tanto en los Estados Unidos como en la América del Sur. Á la verdadera doctrina Monroe, estas protestas no tienen aplicación.»

Aunque convengamos en que efectivamente no le es imputable nada de lo dicho por Mr. Root, á la doctrina Monroe, ello es que todo eso existe, que influye en las relaciones interamericanas y que da á las protestas y recelos una base de realidad.

Pero sea de ello lo que fuere, señores, éste no es nuestro problema. Por muy profundo que sea el eco que despierten en nuestras almas esas quejas y esos recelos de nuestros hermanos americanos, necesitamos convenir sincera y francamente en que no podemos de ningún modo, en que es perfectamente inútil que nos planteemos el problema que de ahí se deriva. Para ello, carecemos de fuerzas aquí y de fuerzas allá, porque lo que pudiera representar una barrera viva y en condiciones de efectividad contra aquellas cosas que refiere Mr. Root (caso de que prevalecieran en la opinión y en la política de

los Estados Unidos), está por formar en América, no existe hoy en los pueblos hispano-americanos. Más inútil sería todavía que perdiésemos el tiempo en indignaciones que, al fin y al cabo, quedarían en puramente platónicas.

Debemos reconocer que éste no es problema de hoy para nosotros, y debemos desear que no lo sea nunca para España, por no producirse los hechos que lo determinan. Atengámonos al problema de hoy y vamos á ver en qué consiste y cómo se resuelve.

Nuestro problema consiste en que cualesquiera que sea la intención, ó cualesquiera que sea el triunfo que alcance en los Estados Unidos ésta ó la otra dirección de su política (es decir, sea ó no sincera la que proclama hoy, la que, por lo menos, se esfuerza en proclamar la mayoría de sus políticos respecto de la inteligencia de la doctrina Monroe), y cualesquiera que sea también la intención que abriguen en punto al empleo del poder natural de absorción que por sus fuerzas económicas, sus fuerzas intelectuales y sus fuerzas psicológicas tiene, y, en fin, aun cuando en esto las cosas no lleguen al extremo de esos recelos á que acabo de aludir, el peligro para nosotros es exactamente el mismo, porque está, de un lado, en que los Estados Unidos, aun sin pretenderlo, por una consecuencia natural de esa exuberancia de vida, llegue á anular las relaciones económicas de España con América ó las reduzca á una cantidad mínima con daño nuestro, y de otro, en que absorba y anule el espíritu hispano-americano, el espíritu que llamaríamos de «raza» para emplear una palabra con la cual nos entendemos perfectamente todos, es decir, el sentido de nuestra civilización, perfectamente

distinta, dentro del continente americano, de la civilización norteamericana.

Las preguntas que emanan de aquí, son éstas: contando con todas las fuerzas que representan los Estados Unidos, con todo lo que puedan conseguir con esa fuerza, aun cuando no lleguen á los excesos y á las falsas interpretaciones de la doctrina Monroe á que aludía Root, y de lo cual se ha protestado en los mismos Estados Unidos; contando con todo eso, ¿queda margen para la acción española en América, en el orden económico y en el orden intelectual y social? Y si queda margen, ¿cómo podemos aprovecharlo y hacerlo efectivo? En resumen, mi contestación puede condensarse así: Primero: Tenemos margen económico é intelectual en América. Segundo: Tenemos en los Estados Unidos en qué y en quiénes apoyarnos. Tercero: Fuera de aquellas cosas en que se puedan encontrar los intereses y la acción de España con los de los Estados Unidos, nuestro problema americano comprende muchas otras de las cuales importa que nos preocupemos (emigrantes, derechos de los españoles residentes, relación intelectual, literaria y científica, etc.).

Primer punto: Tenemos margen en América, á mi juicio (y en esto, aparentemente no más, según creo, difiero de la opinión de mi amigo el Sr. Zulueta), incluso en el orden económico; ante todo, porque la posibilidad agrícola é industrial de los Estados Unidos no lo abarca todo, como las posibilidades agrícolas, industriales y económicas en general de cualquier país no abarcan todos los órdenes de producción que sirven para todas las actividades humanas. Esta es una noticia elemental de Economía, corroborada, además, por el más leve conoci-

miento de la geografía económica de América. En ese campo á que no llega la producción agrícola é industrial de los Estados Unidos (dentro de la cual sería absolutamente inútil que lucháramos), nosotros tenemos entrada. Primero: Por productos que son genuinamente nuestros y que nadie puede dar más que nosotros. Segundo: Por los que hoy producimos en mejores condiciones económicas que los demás pueblos. Tercero: Por los que, aun estando en la posibilidad de producción de todos ó algunos de los países europeos, nosotros, por circunstancias especiales, podemos producir en una forma apetecible para el mercado americano. Cuarto: Por las que, aún haciéndose hoy en el extranjero mejor que las hacemos nosotros, no es imposible que lleguemos á producirlas en condiciones de competir.

Ya sé que este cuarto grupo de cosas mira muy á lo futuro, y que nuestro problema, como os decía al comenzar, es tan urgente que necesitamos resolverlo con factores que estén, como quien dice, en nuestra mano y con los cuales podamos contar inmediatamente. Para ello nos ofrecen posibilidades los otros grupos, cuya existencia está corroborada por una porción de testimonios, entre ellos las listas de productos españoles que se venden ó que se pueden vender en los Estados hispano-americanos. Bastaría recordar la contenida en la Memoria del Sr. Encargado de Negocios de Chile en Madrid, dirigida á la Junta de iniciativas, y que hace poco recordaba un periodista madrileño en el *Heraldo*; la magnífica Memoria del Cónsul de la Argentina en Barcelona, Sr. Gache, que tiene datos tan interesantes respecto del progreso que se ha producido en el movimiento de exportación é importación entre España y la Ar-

gentina; los artículos que el Ingeniero Sr. Villasante ha publicado en *El Liberal*, y que tantas sugerencias prácticas contienen, y otros varios testimonios de este mismo género que añaden noticias á los citados y que prueban cómo poco á poco los mismos mercados de América van descubriendo posibilidades para nuestro comercio y van abriendo camino á ciertas corrientes de relación económica.

Hay además otros hechos que concurren á mostrar esas posibilidades.

El Sr. Zulueta hablaba ayer en el Ateneo de la vergüenza nacional que es para nosotros el que en ciertas especies de ganado, pudiendo dar nosotros mejor que nadie los reproductores modelos, no los demos. Pues bien, á pesar de esta vergüenza y de esta decadencia, ya compran los americanos los garañones en Mallorca, y ésta es demostración de una posibilidad muy modesta, ahora, al iniciarse, pero de un probable gran desarrollo. Otro hecho de una importancia grandísima igualmente, es el de que muchos productos españoles se venden en América con marca extranjera. ¿Qué significa esto? ¿Una inferioridad nuestra en la producción? No; un error de concepto, y ese error es preciso y posible deshacerlo. En cuanto las gentes se convenczan, por un medio que no hemos empleado todavía, por una propaganda activa, que aquellas cosas que toman y les gustan, no están hechas por ejemplo en Alemania ni en Francia, sino en España, el crédito del producto español indudablemente subirá; y que efectivamente esto es posible y puede tener éxito, nos lo demuestra el hecho de los aceites catalanes.

Cuando yo llegué á Buenos Aires en 1909 los aceites

italianos estaban por encima del aceite español en el mercado; la iniciativa de un productor catalán, avisado y tenaz, ha logrado al poco tiempo, mediante una insistente propaganda, vencer al producto italiano y destruir la preocupación contra el producto español, demostrando que nuestros aceites son tan buenos como los italianos, y que muchas de las mercancías que se venden como italianas son españolas.

Y tenemos, en fin (para no citar sino alguna de las cosas más salientes que se me van ocurriendo), un producto de ganancias considerables que sólo nosotros podemos dar originalmente, y que si industrialmente no exportamos con toda la ventaja posible, es por incuria que fácilmente puede vencerse: el libro en castellano.

Pero hay más todavía señores. La posibilidad de nuestro margen de relaciones económicas no se da sólo en las Repúblicas hispano-americanas; se da en los Estados Unidos también.

Si yo tuviera tiempo para leeros la lista de productos que se piden en los Estados Unidos, formada por nuestro Cónsul en Nueva York, Sr. Salas, veríais cómo allí, en aquel emporio de producción industrial, hay muchas cosas españolas que son solicitadas. Pero á este dato y á otros, que seguramente han de figurar en los Archivos del Ministerio de Estado, yo puedo añadir impresiones propias recogidas en la visita á la Exposición de California, y en el trato social con las gentes de aquel país.

Todos sabéis que no hemos ido á la Exposición de California, perdiendo esta ocasión de demostrar nuestras posibilidades económicas. Pero la iniciativa de un comerciante valenciano hizo que se reuniesen allí, en un

ángulo de uno de los palacios generales, algunos productos españoles. Esos productos eran los siguientes: cerámica de Manises, juguetes para niños, especialmente muñecas, y muebles finos. Los tres productos tuvieron un éxito enorme en el público que visitaba la Exposición. La cerámica de Manises causó entusiasmo. Los juguetes han podido competir, en cuanto á la impresión que las gentes tenían de este producto, con los alemanes y franceses. Respecto de los muebles (muebles valencianos, barceloneses y madrileños), he oído elogios que siempre me parecieron ajustados á la realidad.

He visto además en la vida social de California posibilidad de introducir productos españoles que no esperan sino la iniciativa, el empuje de una persona que se ocupe de estas cosas, ó de una entidad ó Corporación de intereses económicos creada para ese objeto.

No voy á citar más que un caso. Los californianos comen mucha aceituna ordinariamente; pero yo no he visto en las mesas californianas más que un tipo de aceituna que se cría allí, é inmediatamente pensé: Si en California se introdujesen todos los tipos variados y escogidos de nuestras aceitunas andaluzas, levantinas, ¡qué duda cabe que esto sería un margen de bastante consideración para nuestros productos! Por otra parte, el gran parecido que existe entre parte de las costumbres culinarias de aquel territorio con las de nuestras regiones levantinas, me parece que da también posibilidad para la introducción de otros frutos agrícolas españoles.

Y por último, señores, hay una coyuntura actual, que es preciso aprovechar; esa coyuntura consiste en aquello que os apuntaba antes como uno de los motivos deter-

minantes del estrechamiento de relaciones entre los Estados Unidos y las Repúblicas hispano-americanas, á saber: la desaparición de las importaciones de muchos productos europeos que pueden tener, ó tienen en gran parte, similar en España. Á eso hay que añadir otro hecho muy interesante del cual dentro de pocos días os hablará en el Ateneo un dignísimo representante de la alta sociedad del Perú, con más pormenor del que yo puedo dar ahora, pero que apuntaré aquí por la importancia que tiene; y es que los mismos Estados Unidos han cerrado muchas fábricas de las que producen objetos manufacturados consumidos en las naciones hispano-americanas, porque el mayor provecho que se obtiene con la fabricación de armas y municiones ha hecho convertir el capital aplicado á aquellos productos, en capital para la producción de estos otros. Así, de repente, se han quedado algunas Repúblicas hispano-americanas sin la satisfacción de necesidades que antes se obtenían con productos de los Estados Unidos, y sin que nadie provea á ellas.

Viniendo ahora á otro orden de cosas, conviene no olvidar que aparte todas esas posibilidades agrícolas é industriales, y en parte sobre todas ellas, España tiene un elemento de relación insustituible é insuperable, que es el hombre, y el hombre en todos los aspectos en que podemos considerarle.

Como elemento de emigración, todo el mundo sabe cuáles son las condiciones de nuestro individuo. Aquellos que han estado en América han podido verlo perfectamente, como una realidad que produce efectos verdaderamente extraordinarios. Los mismos norteamericanos lo han reconocido, lo han confesado y lo han dicho

en letras de molde hace ya tiempo. Recuerdo que en 1909, en la *North American Review*, si mi memoria no me es infiel, se publicó un artículo que versaba precisamente sobre las condiciones de carácter de nuestros emigrantes, y en él se decía que allá donde los españoles ponen el pie, es imposible luchar con ellos como trabajadores. Por eso Cuba, á pesar de ciertas dificultades de nuestra relación presente con respecto á los emigrantes, que promueve todos los días problemas dignos de ser estudiados, ha dicho recientemente, por boca de uno de sus periódicos más leídos, que la emigración española es la más deseable de todas las emigraciones; por eso, y apoyándose en eso, decía con mucha razón hace pocas tardes en el Ateneo el cultísimo Profesor mejicano Dr. Reyes, que Méjico seguiría siendo una posibilidad de emigración y de provecho económico para España; y en fin, para aducir ejemplos de todas partes, ¿sabéis de dónde se toman para el Estado de Nevada, de la gran República del Norte, en que la ganadería es la riqueza más importante, una gran parte de esos *cow-boys* que todos habéis admirado por lo menos en las cintas de cinematógrafo? Pues de Navarra. Aquí, en nuestra Navarra, vienen á reclutarlos, porque aquí encuentran los hombres más á propósito, los que reúnen las condiciones más necesarias para aquella labor; y así se ha formado un pequeño núcleo de colonia española en Nevada, algunos de cuyos individuos tienen una favorable posición social y económica.

Como estos ejemplos, se podían aducir otros muchos del mismo género; pero lo que digo respecto del emigrante como elemento primario, como obrero ó mano de obra en la acción económica actual, en esa lucha res-

pecto de la que estamos diciendo constantemente (y no nos falta en parte razón, si miramos solamente á la Península) que somos poco aptos, se podría afirmar también en muchos sentidos, de las posibilidades, demostradas en hechos por nuestros emigrantes, respecto de la labor intelectual.

Muchas son las cosas importantes de la vida científica, de la vida pedagógica y aun de la vida jurídica de las Repúblicas hispano-americanas, que van ligadas á un nombre español, desde los tiempos de Llorente en el Perú y de los emigrados liberales de España en el Uruguay. Y ya que cito esta República, quiero recordar que no hace muchos días leí el homenaje tributado al primer Director de la Escuela de Comercio de Montevideo, el Profesor español Claramunt; y el periódico que hablaba de esto, un periódico uruguayo, hacía honor á las condiciones admirables del Sr. Claramunt, que permitieron que la Escuela de Comercio tuviera un desarrollo adecuado á sus necesidades.

Y en el tipo de Claramunt se pueden citar muchos, elegidos, como digo, en las varias esferas de la vida intelectual y de la vida jurídica, que muestran cuán fructífera es la continuidad de la colaboración española en esas nuevas naciones cuyo espíritu, en lo fundamental y genuino, nadie, hoy por hoy, puede entender y penetrar mejor que nosotros.

Y lo que digo de los intelectuales en general, digo también de la posibilidad de emigración de ciertos profesionales caracterizados de una manera particular; por ejemplo nuestros ingenieros, que son muy bien recibidos en los Estados Unidos y tienen allí actuación señalada en muchas industrias, y nuestros militares, que ya

han ido alguna vez y respecto de la posibilidad de cuyo envío ahora, os hablará dentro de unos días en el Ateneo el Capitán Zárate.

Y con todo esto, todavía queda á nuestro hombre, á nuestro emigrante, en el complejo de condiciones que representa, otra cosa más de una importancia considerable; una cosa que no es de las que se pesan y se miden, ni de las que se venden en el mercado, pero sí de las que más influyen en el alma humana: aquella que con una palabra muy feliz el Sr. Zulueta, en su conferencia de ayer en el Ateneo, llamaba el «abolengo». El «abolengo» solo no basta, sin duda; sería pronto vencido, y por eso cuando se fía no más que en él haciéndolo base de lirismos exagerados, las gentes alzan los hombros y se sonríen; pero como es innegablemente una fuerza espiritual, si se le ayuda con acción positiva y, sobre todo, con el esfuerzo constante por aumentar su prestigio en la fuente misma de éste, es indudable que constituye un cimiento que cada día va depurando y agrandando su valor.

Segundo punto: ¿Podemos aprovechar ese margen? Contra los Estados Unidos, es decir, en son de hostilidad á ellos y en el propio campo en que su actividad es incontrastable, no. Sería una locura plantearse el problema en tales condiciones. Pero de acuerdo ó en armonía con los Estados Unidos, sí.

¿Es esto posible? No me cabe duda.

Es preciso que nos tracemos de una vez, en esto, una política racional y práctica, sin dejarnos arrastrar por sentimentalismos ni por odios ó resquemores. Con el odio nunca se ha hecho cosa útil.

Fundo mi creencia: 1.º, en que tenemos posibilidad de orden económico y de orden intelectual que no cho-

can y son compatibles con las posibilidades norteamericanas; 2.º, en la existencia en aquella República de una corriente favorable á la inteligencia con España y á lo que España representa en América.

Respecto de este punto, conviene detenerse un poco.

Todo el mundo sabe que existe en los Estados Unidos una corriente imperialista, que entiende su relación con el resto de los Estados de América en un sentido de absorción, de predominio, que, aun limitada á las necesidades más elementales del programa político, pudiera traer, por propio impulso, consecuencias mucho mayores.

Pero tenemos aquí una tendencia grande á exagerar el valor de esta corriente, y más todavía que exagerarla á creer que es la única que existe. Y no es así.

En los Estados Unidos hay, al lado de esa, otra corriente enteramente distinta, representada por una porción de gentes de todos los órdenes sociales, de todas las procedencias, y que no es á manera de disfraz de intenciones íntimas diferentes, como á veces pudiera recelarse de algunos políticos, sino como la resultante de una convicción y de una inclinación simpática y de justicia que opone al ideal imperialista el de una cooperación con todos los distintos y originales elementos que representa cada una de las naciones constituídas en que es habla nacional el habla de Cervantes y en las que se define claramente un tipo de civilización que posee sus notas propias y singulares para la obra común humana, tipo que las acerca y relaciona con nosotros como con la casa solariega de que proceden.

La existencia de esta corriente se demuestra en una porción de casos. Algunos de ellos fueron ó son ostensibles, y pueden así llegar á conocimiento de todo el

mundo sin necesidad de ir á América; otros es preciso ir á recogerlos allí, de labios de las personas que á veces tienen una actuación y una influencia grandes en aquella política.

Respecto de los primeros, sólo citaré un caso: las manifestaciones hechas por personas de importancia política extraordinaria en los Estados Unidos, sobre la cuestión con Colombia y el cumplimiento del Tratado que terminó las diferencias entre esta República y los Estados Unidos, Tratado pendiente aún de aprobación en los meses en que yo realizaba mi último viaje por el Norte de América. Esas personas no eran sólo escritores, profesores ó periodistas en quienes la falta de compromisos políticos puede dar libre impulso á las opiniones que generosamente emanan de sus sentimientos; eran políticos, eran senadores de los Estados Unidos, (los Sres. Bacon, Ransdell, Chandler, Cullom, Hoar, Hitchcock), algunos de ellos muy caracterizados por ser jefes de partido en el Estado de donde procedían. Es muy interesante ver la manera franca, clara, con que nos hablan del caso de Colombia; cómo echan en cara á su país la gravedad de una solución posible en que se desconociese el derecho de Colombia. Dudo mucho que en ningún otro pueblo hubieran podido escribirse las frases verdaderamente terribles del artículo de un escritor, Leander T. Chamberlain, que califica lo hecho con Colombia y la posibilidad de continuar por el mismo camino, como un caso de «deshonor nacional» (1).

Estas personas que he citado representan en ese asun-

(1) «A chapter of national dishonor», artículo publicado en la *North American Review*.

to concreto la corriente á que yo aludía antes. Pero también se la encuentra en muchos de los hispanistas de los Estados Unidos, en cuanto el ser hispanista allí significa no sólo una curiosidad hacia nuestro pasado histórico y nuestra literatura y arte modernos, sino también, y sobre todo, una estimación de las condiciones fundamentales que el pueblo español puede aportar á la obra de civilización de América juntamente con las que originalmente han elaborado en el proceso de su historia, sobre la base española y con la asimilación de todo lo moderno apetecible, las naciones jóvenes que han salido de nuestras Colonias antiguas.

Ya sé yo que al lado de todo esto hay una porción de signos equívocos que es preciso diferenciar claramente de aquellos otros que tienen una verdadera significación en punto á la existencia de la corriente de que hablo en los Estados Unidos, porque, v. gr., la existencia y la extensión considerable que han adquirido recientemente en las Universidades norteamericanas las cátedras de Geografía, de Historia y de Derecho hispano-americano, la difusión del castellano, incluso en las Escuelas primarias, por ejemplo, en California, en Texas, etc., no se puede tomar siempre como expresión de un deseo de acercamiento á nosotros y á los pueblos hispano-americanos con aquella tendencia que estoy ahora definiendo, sino que la mayor parte de las veces se toma como un medio de penetración, como una llave que ha de girar en provecho propio.

Pero aun descartando esas cosas y trayéndolas al valor que efectivamente tienen, quedan todavía suficientes testimonios para poder asegurar que existen entre los políticos, entre los profesores, entre las gentes de nego-

cios de los Estados Unidos (en unas comarcas más que en otras; por ejemplo, en California es mucho más intensa que en los Estados del Este), existen, digo, elementos expresivos de una corriente de afectos y de un concepto de la colaboración con nosotros en la misma forma que yo la entiendo, que he predicado muchas veces y que tuve la franqueza de repetir hace poco ante un público norteamericano en California: en la forma de aporte armónico en beneficio común de lo que cada uno significa y puede crear, partiendo de la base de que en América substancialmente sólo hay dos cosas: inglés y español, civilización de tipo inglés y civilización de tipo español, y que una y otra han hecho en el mundo y pueden seguir haciendo cosas fundamentales que no se pueden borrar en la obra general humana, que sería una insensatez borrar y que, por el contrario, es preciso que perduren y se afirmen para ayudarse fraternalmente en el camino trabajoso del mejoramiento general, en vez de tratar de anularse mutuamente y de luchar á la desesperada.

Pero, señores (y voy á terminar rápidamente con lo que me resta por decir, al menos con lo que yo quisiera decir), el peligro para mí no consiste en la fuerza de los Estados Unidos, es decir, en las condiciones grandiosas de su vida económica é intelectual; consiste en su voluntad férrea, en su empuje avasallador, en la actividad y tenacidad con que persigue el fin, en todo lo que emana del espíritu de aquellas gentes puesto al servicio de las posibilidades con que les brindan las condiciones geográficas y económicas.

Podríamos no asustarnos de esas condiciones, hijas en gran parte de la Naturaleza, si los Estados Unidos no

tuvieran otra cosa, que es precisamente la clave de todos sus triunfos: una psicología hecha expresamente para la lucha, psicología que, por cierto, en sus notas fundamentales, no hace más que aplicar á las empresas de ahora las condiciones que demostraron nuestros descubridores y conquistadores de los siglos XVI y XVII. Y eso lo reconocen en los Estados Unidos admirablemente. Yo creo que una gran parte de la simpatía íntima que en general tienen los norteamericanos por nosotros los españoles de España, emana de la admiración hacia el genio de nuestra gente, admiración que he podido advertir en infinitas conversaciones, y que unas veces es concepto claro en su conciencia, y otras á manera de intuición borrosa, pero impulsiva, según la cual adivinan que todas las cosas que han hecho posible su epopeya del *Far West* son las que también hicieron posible nuestra epopeya de América, y que esas cosas son las que substancialmente salvan en los momentos de crisis; y en esto somos iguales unos y otros, ó por lo menos nosotros estamos en potencia, hoy también, de ser iguales á ellos.

Pero repito que el peligro para mí consiste en que esas facultades de espíritu actúan en los Estados Unidos ahora y apenas actúan en nosotros desde la Península. Todavía se acrecienta el peligro viendo que no es sólo norteamericano, que también europeo, porque Alemania, en plena guerra, ha constituido instituciones ó trata de constituir las (v. gr., un Instituto Hispano-Americano, una Liga de penetración económica en el Centro y en el Sur de América) para el momento en que se haga la paz; porque Francia envía misiones de orden económico, no sólo á las Repúblicas hispano-americanas (mi-

sión Baudin), sino á los Estados Unidos (misión Dumont), para preparar el terreno; y en medio de la guerra, uno de sus Ministros traza sobre el mapa nuevas líneas de navegación para ponerse en contacto con América, aprovechando el Canal de Panamá, al mismo tiempo que otro procura utilizar y atraerse á los emigrados mejicanos para organizar enseñanzas americanistas, y todos tratan de llevar en general el problema de la América española hacia su terreno propio, y no otra cosa significa el empeño constante de los hombres que representan esta política en Francia, de llamar á aquellos países «América latina» y no «española».

Italia hace lo mismo: se ofrece á Chile para establecer una línea de navegación Mediterráneo-Pacífica en condiciones que supere á cualquier otra; y hasta Dinamarca intenta penetrar en este camino, y el Brasil abre toda clase de facilidades para un intercambio con sus vecinas de América. Ello indica que todo el mundo está alerta, que todos se preparan para la posibilidad de hoy y para la posibilidad más fácil de mañana.

Y yo digo: frente á eso, ¿qué hemos hecho nosotros y qué estamos dispuestos á hacer? Para mí no cabe duda que con respecto al factor Estados Unidos, sólo hay una política razonable y práctica. Esa política consiste en lo siguiente: en estudiar y conocer á fondo la corriente favorable á que me he referido; en ayudar á que crezca y se desarrolle del mejor modo que podamos, y en apoyarnos en ella para todas nuestras gestiones en que sea preciso contar con el factor del Norte, que no son tampoco todas las que allí nos cumple hacer.

Por lo que se refiere á las otras cosas, sabido es que aun cuando ha habido una porción de iniciativas bien

entendidas y generosas, la mayor parte de ellas han quedado en la situación de «estudio». En cuanto á realización, sobre todo en lo que depende del Estado, apenas si existe. De donde resulta una vez más que lo que hay en el fondo del problema en punto á nuestra acción (y al fin y al cabo, nosotros hemos de hacer las cosas que nos atañen) es un problema de psicología nacional.

Lo que debe preocuparnos es la posibilidad de un movimiento espiritual entre nosotros para realizar esas cosas, por lo menos en aquel elemento directivo que percibe ya el problema hispano-americano, que no es un problema popular, sin duda, pero ya comienza á ser un problema de clases directoras.

Encuentro de una candidez extraordinaria esperar á que los hispano-americanos tomen la iniciativa y nos pidan las cosas; por ese camino no haremos nunca nada. Necesitamos adelantarnos á ellos, porque somos nosotros los que hemos de ganar y los que tenemos que ofrecer.

Es indispensable que nos pongamos á la obra inmediatamente; y en esa obra, hay labor para todos. Como todos los grandes problemas, éste no toca sólo al Estado; toca al Estado, á la sociedad y á la iniciativa particular. Unos y otros tienen que hacer algo en esto. Pero en cuanto á la acción del Estado, que es quizá la que más rápidamente puede producirse y la que, además, puede prestar condiciones para que fructifiquen y no hallen dificultades en el camino la acción social y la acción individual, esa no cabe duda que es cuestión de vida ó muerte el emprenderla sin demora. Ya sé que esto exige cierta preparación; pero esa preparación el

Estado la puede hacer prontamente, porque gentes que sepan de esos problemas las hay en España, y algunas muy especializadas, unas en el orden económico, otras en el intelectual.

¿Que esto traerá gastos? ¡Qué duda cabe! Pero yo tengo, en materia de gastos del Estado, el mismo concepto que exponía desde esta tribuna el Sr. Bergamín, hace algunas noches. Creo que derrochar no es gastar mucho (todo lo necesario para un servicio ó una empresa), sino gastar inútilmente; y difícilmente se podría señalar ningún gasto más reproductivo que aquel que hubiéramos de emplear en impulsar nuestras relaciones económicas y espirituales con América.

Consideremos, ante todo, señores, la gravedad solemne del momento actual.

Aquellas palabras con que casi comenzaba esta conferencia, son las palabras con que necesito concluir, á saber: que en una gran parte el problema hispanoamericano, para nosotros, es problema de actualidad fugitiva y de oportunidad; si no la aprovechamos con toda la rapidez, con todo el empuje que pide, probablemente cuando nos acordemos será ya tarde, y muchas de esas posibilidades que os apuntaba antes y en las cuales no he creído pecar de optimista, habrán desaparecido completamente de nuestro alcance.

La consideración de la gravedad de este momento es bastante, creo yo, para que todas aquellas personas que independientemente de sus intereses particulares, sientan vivamente el patriotismo en aquello que debe importar más á la Patria, vean que el problema americano no es una cosa especializada de unos cuantos soñadores que han dedicado sus ocios á leer cosas de este género ó han

viajado por América, sino una de las cosas que tocan de modo más vital al porvenir de España.

Y cuando todos los días estamos suspirando por una España mejor, creo que vale la pena que nos preguntemos á cada momento si en la dificultad de que esa España se produzca no tenemos cada uno de nosotros una gran parte de culpa, por no percatarnos de los problemas fundamentales en que consiste nuestro porvenir y por no poner la parte de obra que á cada uno de nosotros corresponde.

APÉNDICES

Forman estos *Apéndices* dos documentos escritos poco antes de la fecha en que el autor pronunció la Conferencia precedente y publicados en periódicos de Buenos Aires. El segundo, que es también el más extenso, se refiere precisamente al orden de cuestiones que en la Conferencia se señalan como ajenas al campo de encuentro ó colaboración entre España y los Estados Unidos (pág. 15), ó sea, á las que podemos y debemos acometer y resolver por nosotros mismos y en relación directa y libre con las Repúblicas hispano-americanas en que existe emigración española, aunque también se produzcan, con menos intensidad, en otros países de tronco é idioma distintos, donde hay núcleos importantes de españoles.

La total comprensión de nuestro problema y de nuestros intereses americanistas, pide el estudio de ambos órdenes de asuntos: los que se exponen en la Conferencia (y también en el documento de *La Nación*) y los que comprende la carta al Sr. López de Gomara. Creer, como quizá creen algunos españoles, que sólo importan

estos últimos y sólo á ellos (ó á parte de ellos) hay que atender, es una pretensión fantástica y dañosa. Afortunadamente, la mayoría de la opinión, aquí y en América, piensa que *todos* son igualmente necesarios y que el descuido de uno solo refluiría en daño sobre los demás. Todas las cuestiones que apunta en su folleto el Sr. López de Gomara, son vitales, *todas*. No lo son menos las que se estudian en la Conferencia y en el primer *Apéndice*. Pretender otra cosa, sólo serviría para dividir nuestras fuerzas y que se repitiese en esto la fábula de los dos conejos.

Otros puntos integrantes del programa americanista los he tratado en los libros *Mi viaje á América* (Madrid, 1911), *Para la juventud* (Barcelona, 1915) y *España en América* (Valencia, s. a., 1909). Á ellos remito para los necesarios complementos de lo que aquí se publica.

I

Salvo algún detalle muy técnico, mercantil ó de índole análoga, que sólo los especialistas pueden dar, creo que á ninguna persona, de las pocas que aquí miran hacia América, se le oculte la importancia de las cuestiones sugeridas por la actual situación. En este punto, ó mucho me engaño, ó todos vamos á coincidir, tanto en el señalamiento de lo que la situación misma plantea, como en la fijación de las cosas que debemos hacer para aprovecharla, por algo más que un interés egoísta: por lo que una acción enérgica de nuestra parte, en el orden económico y en el espiritual, puede contribuir á mantener la substantividad de eso que llamamos «raza»,

á la que no basta la pura independencia política respecto de otros Estados hijos de la actividad de razas distintas.

La situación es clarísima. La guerra europea ha producido en el mercado hispano-americano dos vacíos importantes, más bien tres: el de productos elaborados en las naciones beligerantes, que han cesado ó disminuído muchísimo en su exportación; el de capitales, que beneficiaban negocios americanos, y el de líneas de comunicación con América, reducidas en gran parte por la inmovilización de trasatlánticos europeos ó su aprovechamiento en otros menesteres. Únase á esto la natural suspensión ó debilitación de influencias intelectuales sistemáticas que combatían la nuestra, y se tendrá el cuadro entero de las posibilidades con que nos brinda el momento actual.

El cómo aprovecharlas, se le ocurre á cualquiera; pero no es eso lo que importa decir. Más ó menos, lo hemos dicho repetidas veces los pocos que en esto oficiamos de propagandistas por convicción. Por mi parte, llevo ya algunos años de predicar sobre estas cosas en todas las esferas, y algo he conseguido convertir en hecho dentro de mi campo docente; ¡pero es tan poco! ¡Hay tan gran incomprensión de la gravedad que el problema americano encierra para nosotros, en los elementos oficiales y en los capitalistas dedicados á industrias relacionadas con la producción intelectual! Algunos ejemplos recientes podrían citarse, pero no se trata de eso ahora.

Lo que quiero repetir es que el caso no comporta ya el exponer en larga parrafada lo que vemos con toda claridad que debiera hacerse; mucho menos, perder el

tiempo en lirismos que, por ser tales, no siempre responden á verdaderos sentimientos ó convicciones en quien los suelta por la boca. Bien están las «fiestas de la raza», si se cree que de vez en cuando, y en su propia esfera (muy reducida), sirven para reavivar el sagrado fuego romántico, que puede animar á la acción; pero no cometamos la inocentada de pensar que con eso basta, ni siquiera que produce los efectos que de nosotros esperan los argentinos, los uruguayos, los chilenos, los peruanos, los colombianos, etc..., y también nuestros españoles de allá. ¡Sirvanos alguna vez de lección la benévola sonrisa con que los hispano-americanos acogen los torneos de retórica en que se complacen aquí, con la mejor intención sin duda, algunos de nuestros llamados americanistas!

La cuestión ahora es otra y urgente, y consiste en determinar, de un modo concreto y rápido, *qué estamos dispuestos á realizar*, dentro de lo que efectivamente podemos, para acudir á esas varias posibilidades antes dichas; y una vez determinado, en que lo realicemos sin demora, puesto que el momento presente es una oportunidad y, como tal, puede desaparecer pronto, ya porque sobrevenga la paz en Europa antes de lo que se supone, ya porque los vacíos mencionados los llene la enorme actividad de los Estados Unidos, que febrilmente trabaja en ello y que puede llegar á barrer, no sólo toda posibilidad española, sino toda posibilidad europea. Es cuestión de hacer las cosas bien y de prisa, intensificando el esfuerzo, antes de que sea tarde.

No nos engañemos tocante á nuestras propias fuerzas, ni por optimismos, ni por pesimismo. No olvidemos tampoco que, en algunas materias, el menos fuerte

puede ganar la partida por anticiparse, si además cuenta con la colaboración latente de los factores simpáticos que proceden de la lengua, la historia, ciertos intereses comunes, etc. Convengamos, pues, en que así como luchar con el único competidor efectivo que ahora se presenta—los Estados Unidos—, en los órdenes de vida económica que tiene desarrollados potentemente, sería ocioso, hay, en la esfera de nuestras producciones originales y de nuestras relaciones genuinas, campo amplio en que operar.

Pero no lo pensemos mucho tiempo, repito. Hablen, ó más bien, avíspense y maniobren nuestros productores de materias que tienen en América mercado, ó pueden tenerlo en sustitución de otras europeas similares; nuestros capitalistas de depósitos y cuentas corrientes sin interés, por lo común, que en América hallarían posibilidades de beneficio ahora más que nunca; nuestros navieros, que si en la carrera de Sud-América han mejorado las cosas, están lastimosamente representados en las líneas de Antillas, golfo de Méjico y Estados Unidos (1); nuestros hombres de negocios y nuestros políticos militantes, que pueden convertir en hechos los vitales proyectos de ferrocarriles para una rápida y cómoda comunicación del centro de España y la frontera francesa con nuestros puertos del Noroeste, y la mejora de estos mismos puertos; nuestros libreros-editores, que al-

(1) Sin dejarse ganar por el natural agobio que padece, Francia, en plena guerra, estudia el establecimiento de nuevas líneas marítimas. ¡Qué ejemplo! (Véase el artículo de M. Georges Bureau, Subsecretario de Estado de la Marina mercante, en el número especial de la revista *Lectures pour tous*, 15 Octubre corriente).

guna vez han de darse cuenta de lo que pueden ganar allá con sólo hacer lo que hacen franceses y alemanes, y no es ello un arco de iglesia; las Universidades y Centros docentes superiores, que deben enviar profusamente pensionados españoles á los países hispano-americanos y establecer con regularidad el intercambio de profesores y de publicaciones; el Gobierno, que en vez de gastar en nuevas ediciones del *Quijote*, no tan urgentes que no puedan esperar un poco (y que en último resultado á quien toca acometer por su cuenta y riesgo es á las casas editoriales ó á la Academia Española, que también lo es), debe aplicar esos recursos á sostener y fundar escuelas españolas en países donde nuestro idioma pierde terreno ó se encuentra ahogado por el de la Nación en que viven grupos, á veces numerosísimos, de españoles, ya que lo importante para el *Quijote* no son ejemplares, sino lectores; el Gobierno también, y con él las Cortes, que necesitan preocuparse de los tratados de Comercio, de los aranceles, de la emigración española y de las colonias de españoles en América; el Ministerio de Instrucción pública, en fin, que debe atender cuidadosamente á uno de los más fuertes lazos espirituales que con América nos unen: el Archivo de Indias...

Pero todo eso, *para hacerlo*, no para repetirlo en palabras una vez más. El momento presente es decisivo para nosotros. En América, lo ve todo el mundo. ¿Lo querremos ver aquí y luchar para que no se cierre en nuestro daño, que ya sería definitivo?

Por lo que toca á los españoles residentes en América, de quienes (aunque mi amigo D. Félix Ortiz parezca ignorarlo) vengo ocupándome hace tiempo y cuyas cua-

lidades y significación he ponderado en repetidas ocasiones antes y después de mi viaje, porque de ello estoy convencido, no me cabe duda de que pueden también, en estos momentos, ayudar mucho á los propósitos enumerados. Un cierto proyecto de línea marítima entre Vigo y Nueva York, de que algo dicen ahora los periódicos, comienza á darme la razón con algo más que palabras.

(Artículo publicado en el diario de Buenos Aires, *La Nación*, el día 25 de Diciembre de 1915.)

II

CARTA ABIERTA

SR. D. JUSTO S. LÓPEZ DE GOMARA.

Muy señor mío y distinguido amigo: Gracias al celoso interés que por todo lo relacionado con los españoles de la Argentina tiene nuestro común amigo López Bago, he podido leer el folleto de usted, *Un gran problema español en América*, que en la Península ha circulado poco menos que nada. Es de sentir que así haya sido; pero ello obliga más y más, á los que verdaderamente nos interesamos por estas cosas y estamos á ellas moralmente ligados por anteriores trabajos y declaraciones, á no permitir que voces como la de usted caigan aquí en el vacío, y á decir muy alto (incluso para rectificar pesimismo excesivos que ahí pueden tal vez llegar hasta extremos de injusticia) que en España han de encontrar las peticiones de usted, tan favorablemente acogidas por el Congreso de Confederación Española de 1913, mayo-

res simpatías de las que el silencio mantenido hasta ahora (y claro es que no rompen el silencio, para lo que importa, las retóricas americanistas al uso entre quienes hablan de memoria, ó por plataforma personal, de América) pudiera suponer.

Quiero creer que no necesito esforzarme en demostrar que yo soy uno de los que con más fuerza sienten esas simpatías. No me tengo por neófito en esto, y usted lo sabe bien. Concretamente respecto de algunos de los puntos que abraza, no sólo el «Articulado práctico» que usted formula, sino también el texto de su folleto (verbigracia, la «medida especial» pedida en la página 33), he manifestado antes de ahora mi parecer conforme con el de usted; y alguno de ellos, por la proximidad al campo de acción en que profesionalmente trabajo, ha sido objeto de propaganda especial durante mi excursión de 1909-1910. Aludo á la creación de Institutos y Colegios españoles en América. Usted recordará tal vez que ese fué el tema de mi única conferencia en el Club Español, en Octubre de 1909.

De la atención prestada á otros puntos antes y después de aquella excursión, y del criterio fundamentalmente conforme con el de usted, dan testimonio diferentes pasajes de *España en América* y *Mi viaje á América*, y no con declaraciones de vagas generalidades, sino puntualizando principios y procedimientos de ejecución.

Perdone usted que recuerde todas estas cosas personales. No vea en ello (ya sé que usted no lo verá) deseo alguno, ni de exhibirme, ni de afirmar primogenituras. Va encaminado no más que á señalar, *con datos concretos*, la concurrencia en la visión de las cuestiones que fundamentalmente importan á los españoles, y en su resolución

apetecible, porque creo que en estas cosas (cada día son más críticas y urgentes) hay que huir de lo general que nada dice y precisar los términos de la conformidad. Además, yo debo aprovechar ocasiones como ésta para modificar, con pruebas, el error de algunos compatriotas que han supuesto en mí desatención á los problemas de la colectividad española (por preocuparme sólo de otros de relación con las propiamente americanas), y hasta me colocan en la misma línea con los que estiman poco ó nada el factor representado por nuestros emigrantes. Y tampoco hago esto por lo que particularmente me sirva, sino porque cuando un hombre entrega su entusiasmo y su actividad á un orden de problemas sociales, tiene la obligación de robustecer constantemente su prestigio con relación á ellos, para que de este modo su acción sea más útil y eficaz.

Quedamos, pues, en que yo soy un convencido, y de primera hora, en todo lo fundamental que el programa de usted y del Congreso de 1913 expresan. Con el Sr. Vélez, que en el mismo año de 1913 vino á España para gestionar estas cosas, hablé repetidamente de lo que convenía hacer y de la poca atención é interés con que entonces fueron acogidas aquellas proposiciones por quienes debieron patrocinarlas y aun por los que diariamente alardean de hispano-americanismo, aunque sólo de palabra.

Pero ahora ya no puede tratarse simplemente de adhesiones y de afirmaciones de conjunto. Hace escasamente un mes, requerido por el redactor de *La Nación*, D. Fernando Ortiz Echagüe, escribí unas cuartillas encaminadas á puntualizar lo que á mi juicio es preciso hacer desde luego é insistiendo que lo necesario es hacer y

no *hablar*. Digo lo mismo en punto á las cuestiones que usted toca.

Bien sé que una manera de ese hacer—y muy necesaria—es la propaganda de las ideas. No está formada entre nosotros (muchas veces lo he dicho) aquella opinión pública, fuerte y bien orientada en materias de americanismo, que es indispensable para un completo éxito en cualquier empresa relativa á los más hondos intereses de la comunidad. Sin duda, puede hacerse mucho desde el Poder, es decir, desde el Gobierno y desde la *Gaceta*, y ya diré luego hasta qué punto; pero toda iniciativa ministerial se anula si no encuentra una base de opinión preparada para entender el alcance de aquélla y dispuesta favorablemente á recibirla. Es necesario, pues, como una parte considerable de la acción, insistir en la propaganda, organizándola, sistematizándola é intensificándola. El sistema de los grupitos ó peñas de aficionados americanistas, de los esfuerzos individuales y aislados, de las conferencias de ocasión que escucha un reducidísimo grupo de oyentes ya convencidos de antemano, y de las revistitas que se publican casi en secreto porque carecen de medios de empuje para llegar al gran público é interesarle, es el sistema seguido hasta aquí en España, por lo común y con el natural poco éxito. Hay que sustituirlo por un plan de difusión del programa americanista, dotado de todos los medios materiales que requiere una campaña de este género si aspira á terminar en triunfo, y confiado en su ejecución á personas que conozcan verdaderamente cuáles son las cuestiones importantes y cómo es el medio americano en que se plantean, y que, además, las sientan según corresponde á hombres modernos, no con el criterio arcaico con

que las pudiera sentir un «incondicional» antillano que por milagro de Dios siguiese vivo y tan aferrado á sus ideas y prejuicios como en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero la gravedad de las circunstancias actuales en punto á nuestros problemas de América y la importancia que dentro de ellos tienen los que usted anota en su folleto, no permiten aguardar á que se forme esa opinión antes aludida, es decir, á que dé sus frutos naturales la propaganda sistemática. Es preciso comenzar desde luego á remover todos los obstáculos que en el orden oficial pueden oponerse al logro de lo apetecido, y á colocar, en la esfera de acción del Gobierno, todos los jalones necesarios para recorrer el camino pronto y con toda seguridad, sobre terreno firme. Esa misma acción política ayudará en gran medida al éxito de la propaganda general.

Claramente se definen, en el grupo de conclusiones á que usted llega, y en todas las demás que á ese propósito se han formulado, tres clases de asuntos: una, de los que puede resolver por sí mismo un Gobierno español; otra, de los que hay que confiar á negociaciones diplomáticas y, por lo tanto, no dependen de una sola voluntad; y la tercera, de los que sólo puede resolver la iniciativa privada de las fuerzas sociales, por referirse á empresas, negocios, acuerdos, etc., del orden económico ó intelectual que no cabe mandar desde la *Gaceta*.

Respecto de la primera clase, lo fundamental es que un partido político fuerte (y gubernamental, por de contado) haga suyo en términos generales el programa americanista y dentro de él, ahora, el de nuestra colectividad en la Argentina, con decidido propósito de realizarlo desde el Poder sin vacilaciones, comenzando por

preparar su ejecución legislativa mediante una serie de estudios técnicos encaminados á buscar la forma más fácil para alcanzarla con la menor modificación posible de las leyes existentes; es decir, procurando plantear los menos problemas que quepa, para evitar resistencias incidentales y de flanco, que diríamos, y abrir brecha en la inercia actual por la falla que mejor se preste á ello. Creo que mucho de lo que debe hacerse en este orden, se puede hacer sin alarmar á nadie ni tocar cuestiones de fondo que asustan, más ó menos sinceramente, á la mayoría de los políticos.

Y si no hubiera partido que se decidiese á recoger nuestro programa, sería cosa de pensar en la creación de uno de esos grupos parlamentarios que ya se van considerando aquí como posibles y como convenientes para la ejecución de ciertos planes de Gobierno en que pueden coincidir, como en terreno común, hombres de todas las procedencias políticas. La condición neutral, apolítica, del problema americanista, la he predicado siempre y creo que importa afirmarla; pero no es obstáculo á que un partido acoja en su programa *de gobierno* (es decir, de inmediata ejecución) ese problema.

En cuanto á la segunda clase de asuntos, ningún Gobierno puede prometer nada que signifique términos precisos de resolución, porque eso sería anticiparse á lo que ha de surgir de un acuerdo con otro poder político soberano; pero sí puede comprometerse á iniciar desde luego las oportunas gestiones diplomáticas, con ánimo de proseguirlas con amor y tenacidad hasta el logro de lo más que quepa conseguir dentro de la armonía de las relaciones internacionales, más necesaria y fundamental que en otras, en las hispano-americanas.

La tercera clase de asuntos, no tenemos que pedir a nadie que los realice. Dependen de la actividad, el convencimiento y hasta el patriotismo de todos: capitalistas, navieros, productores, comerciantes, profesores, padres de familia interesados en la educación de sus hijos, españoles preocupados seriamente por el porvenir de su idioma y de las características de nuestro espíritu y civilización. El Estado no tendría, cuando más, en estas cuestiones, que remover, si los hay, obstáculos legales, ó prestar condiciones de derecho para que florezcan las iniciativas privadas; pero á éstas compete el primero y el más constante y enérgico esfuerzo. Su acción es insustituible por la del Estado ó por cualquier otra oficial.

Á esta especie de asuntos corresponde el del Instituto de segunda enseñanza que usted preconiza. Instituto, Colegio ó Centro de enseñanza correspondiente al período de cultura general, es indudable que lo necesitamos en todos los sitios donde exista un núcleo de españoles, cuya personalidad étnica interese conservar con toda la pureza posible. Considero tan importante este punto, que á pesar de haberlo tocado al comienzo de mi carta, vuelvo ahora á tratarlo.

Lo fundamental en él es que la colonia española de cada región ó de cada Estado, reúna elementos y funde el Colegio ó Instituto, con subvención ó sin ella del Gobierno español. En esfera modesta, pero ejemplar, algo de este orden se ha hecho, incluso en países europeos donde también es necesario, y con mayor motivo que en América: v. gr., en Burdeos, cuyas escuelas españolas procuré mientras pude, convencido de lo mucho que nos importan, que subvencionase el Ministerio de Instrucción pública. Pero aunque esto no se consiga (y

los tiempos no son ciertamente propicios á grandes desarrollos en nuestros presupuestos, ni en los de casi ningún país), los españoles mismos deben proveer á esa necesidad, aunando sus fuerzas en vez de dividir las creando muchos pequeños Centros de enseñanza que forzosamente (por mucho que sea el entusiasmo y grande la abnegación de los profesores) no pueden rendir el fruto apetecible. Que se ligue el resultado de sus estudios al organismo docente de la madre Patria mediante la colación de grados ó por la equivalencia internacional de títulos, es ya un detalle al que no debe subordinarse el éxito de lo principal. Ya se verá lo que sea más fácil de obtener y más útil. Lo primero es tener el Centro docente, que para mí no es sólo el medio de hacer posible la utilización profesional en España de estudios hechos y títulos obtenidos por españoles en la emigración, sino, ante todo y sobre todo, el medio de velar por el mantenimiento de nuestro idioma y de nuestro espíritu en todas partes. Es esto para nosotros un deber de patriotismo, pero también un deber de humanidad, puesto que manteniendo la pureza de nuestra mentalidad y de nuestro carácter en la que una y otro dependen de la enseñanza, nos colocamos en situación de ofrecer á los pueblos en cuya obra de cultura podemos y debemos colaborar, lo mejor nuestro, tal como hoy es y como cada día vaya siendo con sus naturales mejoras y desarrollos, y no un algo adulterado por mil influencias ajenas que lentamente van destruyendo lo esencial de nuestra manera de ser y hasta nuestra confianza en lo que hemos sido y en lo que podemos ser mañana.

Cándidamente creen algunos —y lo dicen y lo traducen en hechos con motivo del próximo Centenario de

Cervantes—que nuestro idioma, y por tanto, en lo que de este depende, el sello de nuestra civilización hispana, se salvarán en el mundo con multiplicar y mejorar las ediciones del *Quijote* y elevar á la escena (no sé si como drama ó como opereta) el argumento de la inmortal obra cervantina; pero claro es que quienes así piensan, se equivocan mucho, y van á gastar inútilmente, para el propósito que dicen guiarles, dinero del Estado y de las suscripciones públicas en España y en América. En lo que hay que gastarlo principalmente es en escuelas y colegios españoles, estableciéndolos por todas partes. Inútil sería multiplicar las ediciones del *Quijote* si no se procura antes formar lectores para ellas y si se consiente, con el abandono de cosas más substanciales para la cultura española y el espíritu de nuestro pueblo, que sus hijos tengan que acudir, en tierras extrañas donde son numerosos, á Centros docentes que no reflejan ni pueden reflejar—por natural imposición de las cosas—el ambiente hispano, ni tomarán nunca como base de lectura la obra de Cervantes.

Ya sé que este peligro es mucho menor en las tierras hispano-americanas que lo es en Francia, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Argelia y en otros países de habla y civilización extrañas; pero aun contando con la cordialidad y con las simpatías de muchos países americanos, que no representan por esto los peligros seguros y graves en otros de América, de Europa y de África, la necesidad no desaparece, motivándose con otras razones entre las que figuran, en primer término, la relativa á la reeducación técnica ó profesional de nuestros emigrantes, al cultivo de la pureza de nuestro idioma (ya se preocupan de esto los mismos Estados

Unidos en su difusión docente del castellano) y á la propaganda constante de nuestra literatura, amena y científica, de los tiempos pasados y presentes.

Y termino, porque esta carta va alargándose demasiado, y no es cosa de puntualizar uno por uno cada extremo del programa que encierra el folleto de usted. En suma, lo que entiendo que ha de importarle más á usted y á todos los españoles de la Argentina, es saber una cosa que no significa, por mi parte, más que una ratificación de algo que he dicho muchas veces: mi completa devoción á las cuestiones que interesan á ustedes y mi deseo—probado con actos, en lo que hasta ahora he podido—de contribuir á que se resuelvan pronto y bien, terminando con la edad lírica del hispano-americanismo.

Rafael Altamira.

Madrid 5 de Diciembre de 1915.

(Publicada en *El Diario Español* de Buenos Aires el 4 de Enero de 1916.)

